

## LA PERSONA HUMANA COMO FUNDAMENTO DEL DERECHO

5

Desde el inicio mismo de esta *Introducción al Derecho* se ha repetido que la Ciencia Jurídica, desde el punto de vista realista, se genera en la perspectiva del jurista. De hecho, la Ciencia Jurídica no consiste en dar a cada uno lo suyo, pues la ciencia es un saber, un conocer, sin embargo, saber dar a cada uno lo suyo, saber determinar y discernir lo que a cada uno pertenece, es lo que le compete al jurista. Tratar de dar a cada uno su derecho, desde esa perspectiva, consiste en saber lo que es de cada uno, discernir y determinar lo suyo de cada uno, lo que aparece como debido al otro, o sea, de quien es derecho: *ius dicere* o *iuris dictio*.

No obstante, como se señaló anteriormente, “decir el derecho” supone la realidad inexcusable de que el Derecho, no la ley positiva, existe. Y existe en razón del fundamento de toda juridicidad en la que se funda que, respecto a una persona —en su condición de ser humano—, un bien pueda ser suyo. O sea que la deuda se funda, en última instancia, en el *estatuto ontológico de la persona humana*. Pero ¿en qué consiste exactamente dicho estatuto? Y, ¿cuáles son las notas definitivas que le comprometen para el desempeño del arte del jurista? Las respuestas a estas cuestiones, por paradójico que parezca, no se encuentran en la Ciencia Jurídica, sino más bien en la Filosofía del Derecho y en la metafísica, pues, como ha dicho Hervada, la “ciencia jurídica y la filosofía del derecho, siendo diferentes, se

comunican naturalmente; la filosofía del derecho proporciona los criterios básicos sin los cuales no se puede comprender científicamente la realidad jurídica”.<sup>154</sup>

En ese sentido, la aproximación ontológica provee a la Ciencia Jurídica de la respuesta a la cuestión *¿por qué hay Derecho?*, una pregunta que es anterior incluso al interrogante con el que inició este estudio: *¿qué es el Derecho?* Dicha cuestión se ha dejado para el final de esta primera parte de la *Introducción*, porque involucra varios de los distintos elementos del espectro jurídico que se vieron en los capítulos previos. Al tiempo, rebasa la perspectiva epistemológica con la que se ha definido la Ciencia Jurídica –en tanto que ciencia– como un conocimiento práctico que indaga en la realidad por lo *debido* o lo *justo* en las relaciones humanas,<sup>155</sup> ya que la reflexión sobre la naturaleza de la persona se sitúa por encima del *mundo de los objetos*.

Pretender la salida del *mundo de los objetos* implica tomar como partida la consideración del mundo de los fines, de inspiración aristotélica, porque “hablar de persona, es hablar del hombre en cuanto portador de una eminencia especial que comporta exigencias y, en este sentido, el estudio del hombre en cuanto persona siempre tendrá una connotación jurídica y moral”.<sup>156</sup> En efecto, todo acto humano es de naturaleza moral, o sea, un acto propio del hombre que expresa y pone de manifiesto su peculiar dignidad que, como se verá más adelante, supone el ejercicio de la libertad. Como aclara Hoyos, “predicar del ser personal la dignidad es también referirla a la naturaleza, porque no existe dignidad sin persona ni persona sin naturaleza”.<sup>157</sup>

En ese orden de ideas, hay que indagar por la fuente de todo deber-ser, por la realidad natural que comporta en sí misma la debitoriedad o debitud. De ahí que resulte primaria la reflexión ontológica sobre el concepto de persona, el cual alude a una realidad que no se reduce a sus expresiones fenoménicas o psicológicas, sino que consiste propiamente, y como dice el Aquinate: en el *subsistens in rationali natura* o *subsistens distinctum in natura intellectuali*. Con razón,

154 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 707.

155 Cf. Mora Restrepo, “Estatuto epistemológico del conocimiento jurídico”.

156 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 707. (Comentario de Hervada).

157 Hoyos, “La dignidad humana”, 90.

subyace a la relación que hay entre el concepto filosófico u ontológico y el concepto jurídico de persona, de acuerdo a Hervada, el que

*ser sujeto del mundo jurídico, titular de derechos y de obligaciones*, es consecuencia directa del hecho de ser persona en sentido filosófico, esto es, sustancia de naturaleza racional, que, por ende, es irreducible a mera parte del Universo y no tiene a la fatalidad física como causa única o principal de sus actos. Poner de relieve esta relación no significa confundir los ámbitos de la filosofía y la ciencia del derecho, como algunos podrían alegar. Simplemente asegura la saludable comunicación entre dos disciplinas mutuamente relacionadas y salvaguarda a la ciencia del derecho del peligro de convertirse en conceptualización y formalización de arbitrariedades.<sup>158</sup>

Sin embargo, la comunicación a la que invita Hervada no desconoce la conceptualización de la persona como categoría jurídica, de eso no se trata la perspectiva realista, sino que busca ubicarla en sus precisos lindes. Estos no son los del estudio de la persona en cuanto sujeto de derecho, desde la ciencia del jurista, cuestión que de momento no viene al caso tratar aquí, puesto que de lo que ahora se trata es de ubicar el nivel primario y fundamental del ser persona en sentido ontológico. La estructura íntima del ser humano posee una cierta condición o dimensión en virtud de la cual es centro del orden jurídico, lo cual no se debe confundir con su mera hominidad, es decir, su ser humano, su pertenencia a una especie biológica.

### La “naturalización” de la noción de persona

Partiendo de la premisa de que la noción filosófica de persona se define como sustancia individual de naturaleza racional, esto es, como sustrato óntico que caracteriza y diferencia la entidad humana de las restantes entidades no-humanas, cabe aclarar que “lo humano” que interesa a la Filosofía del Derecho es esa dimensión en virtud de la cual ser persona es el centro de la juridicidad.

Por lo mismo, sugiere Castaño,

como la personeidad (sic) no se reduce a un mero *factum* verificable empíricamente, sino que es constitutivamente natural de un cierto tiempo de entes, ese carácter de persona no se adquiere ni se pierde junto con la capacidad afectiva de ejercer los derechos o de ser responsable de las consecuencias; por el contrario, la personeidad

158 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 710. (Comentario de Hervada).

se adquiere con la existencia en cuanto subsistente intelectual y se pierde solo con esa misma existencia.<sup>159</sup>

Dicho subsistente intelectual, o sea, lo que queda del “hombre” tras despojarlo de todos los accidentes tempo-espaciales, es precisamente lo que le otorga perfección o dignidad frente a los restantes entes temporales. Empero, esta intelectualidad no se refiere a la facultad o al acto, porque, advierte Hervada,

el concepto de persona no ha de confundirse con el de naturaleza, ni con la razón o la voluntad, ni con los actos o productos propios de tales potencias. Para decirlo en términos menos precisos, pero tal vez más asequibles, la persona es el individuo concreto de naturaleza racional, está sujeto a unos determinados accidentes y actúa en unas determinadas coordenadas de espacio y tiempo. No es, en cambio, la naturaleza, el acto ni las circunstancias. Como filósofo del derecho he observado que esta confusión de los conceptos de persona y naturaleza o persona y actos propios de la naturaleza es especialmente notable en dos supuestos. El primero de estos errores radica en que a partir de Descartes ha sido común confundir a la persona con la conciencia del «yo» psicológico. En tanto que esta autoconciencia es un acto psicológico, que tiende a verse prescindiendo de la potencia y la sustancia que lo sustentan, el concepto de persona parece disolverse en el flujo de la autopercepción y la autoconciencia, y por lo tanto se reduce a mera historia y contingencia. Una segunda modalidad de esta confusión, está en identificar a la persona con la conciencia autónoma, y hacer radicar toda la personalidad en el ejercicio de la autonomía o en la capacidad de imputación moral.<sup>160</sup>

Tal y como advierte Hervada, una cosa son las potencias y los actos que se encuentran inescindiblemente ligados al carácter histórico, y por ende relativo de la conciencia del sujeto, y otra lo que le permanece, lo que le es siempre constante, el sustrato último y objetivo de su ser persona. Para este

hay un derecho general en el cual se resumen los diversos derechos de toda persona humana: el de ser tratados cabalmente como personas, no en virtud de razones o motivos particulares, sino en función de la dignidad ontológica del ser sustancia del hombre.<sup>161</sup>

159 Castaño Bedoya, *Introducción a la razón práctica del Derecho*, 73.

160 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 714-715. (Comentario de Hervada).

161 Antonio Millán Puelles, *Teoría del objeto puro* (Madrid: Rialp, 1990), 465-466.

Por ello, confundir la sustancia con el accidente implica naturalizar de modo excesivo la noción de persona, cuando en realidad la persona no se confunde con la naturaleza ni se agota en ella. Realmente es la misma naturaleza racional del hombre la que le confiere su condición de persona, en la conjugación de sus tres elementos naturales: entendimiento, voluntad y libertad. De ahí que el acto humano bueno respeta la exigencia de la realidad (qué es, cómo es) y obra voluntariamente según ese saber. La libertad humana nace de la confluencia del pensamiento reflexivo que conoce y juzga y de la voluntad que desea, quiere y ama espontáneamente el bien.<sup>162</sup>

Obviamente tal naturalización no puede prever la conjunción señalada, pues su énfasis en una consideración factual de lo existente no le permite advertir que, como señala Massini,

lo que sucede es que la noción clásica de naturaleza es una filosófica, producto de una abstracción de tipo metafísico, capaz de obtener una visión de la realidad mucho más intensa que la que puede obtenerse en el nivel de la mera opinión o de las ciencias experimentales.<sup>163</sup>

Al contrario, la perspectiva realista entiende que el acto humano se fundamenta en esa *realidad más intensa*. Con conocimiento de ella, con una observación atenta y respetuosa de la misma, con un deber que se convierte en una exigencia propia afirma su existencia, puede desarrollarse, mejorarse y elevarse.<sup>164</sup> Frente a una naturalización vaciada de sentido, colmada de pulsiones y flujos orgánicos, la racionalidad de la naturaleza humana se plantea como equivalente de su espiritualidad, esto es, de ese “algo” que trasciende la corporeidad. Como destaca Hervada,

en el hombre, el cuerpo y el alma se hallan inseparablemente unidos formando una sola sustancia individual y así hay que decir que la racionalidad –y por ende la condición de persona– se predica de todo el ser humano y no sólo de su alma.<sup>165</sup>

162 Faustino Corchuelo Alfaro, “Reflexiones en torno a la educación inspiradas en el pensamiento de Santo Tomás”, *Revista Quaestiones disputatae*, Vol. 1 N 1 (2007): 19-31.

163 Massini, *Filosofía del Derecho*, 79-80.

164 Horta Vásquez y Rodríguez, *Ética general*, 148.

165 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 717.

Aceptar dicha trascendencia implica admitir que el entendimiento se alimenta del conocimiento. Se conoce disponiendo la mente para aprender, luego de lo cual se valora la conveniencia o no de los medios para la acción y por último se elige-actúa.<sup>166</sup> Por eso, el ser personal tiene por primera tarea conocerse, tanto su verdad como la verdad del mundo que le rodea. El fin del hombre ha de ser el descubrirse a sí mismo para llegar a ser verdaderamente libre y es allí en donde tiene cabida el concepto de perfección. La perfección es el derrotero de su más pura esencia metafísica, de manera que esta no es punto de llegada, sino más bien un punto de partida desde donde es posible actuar verdaderamente como persona humana, guiada por las virtudes, esto es, de acuerdo con las exigencias y tendencias de la propia naturaleza (al bien y a la perfección).

### Las virtudes propias de la persona humana desde el Derecho

Identificarse como persona, en el sentido más amplio, quiere decir reconocer y reconocerse en el respeto por la integridad y dignidad personal del otro. El ejercicio alteritivo en el reconocimiento de los fines naturales y de la aceptación de los fines libres es la primera forma para captar al ser humano como unidad esencial y operativa, en la relación de la multiplicidad con la unidad y en cuanto al orden del ser que le trasciende. No obstante, no se le impone, porque precisamente a diferencia de las demás criaturas, la calidad de ser sujeto le impele a ser dueño de sí mismo y a elegir libremente los medios para satisfacer las tendencias naturales al bien y a la perfección, desde la razón y la voluntad. Es aquí en donde encuentran su lugar las virtudes intelectuales y las virtudes prácticas.

Para que la persona pueda perfeccionarse debe conocerse a sí misma, esto es, saber lo que ella es. En términos más precisos: saber qué clase de ser es y está llamado a ser y a configurarse, con una recta conformación de la libertad humana. En este contexto tienen lugar las virtudes, las cuales, como se ha dicho en varias oportunidades, deben entenderse aquí desde la configuración del Derecho como un saber práctico, aunque la Ciencia Jurídica consista en un saber respecto a la virtud de la justicia. Como lo señala Victoria-Aguilar:

Los bienes son los fines de la acción y, además, son medios para los fines (Wojtyla, 2005, p. 257). Solo el hombre capta de modo general la esencia del bien y con la

166 Urbano Ferrer Santos, *Conocer y actuar* (Salamanca: Editorial San Esteban, 1991), 169.

voluntad se vuelve siempre al bien captado de este modo (p. 259). Dicho de otro modo, el bien es el objeto de la voluntad, pero su comprensión y objetivación es, según santo Tomás, tarea de la razón. Estos dos poderes colaboran estrechamente el uno con el otro: la voluntad quiere que la razón conozca, y la razón comprende que la voluntad quiere y qué cosa quiere. Como consecuencia de esta colaboración de la razón con la voluntad, el bien y la verdad se entrelazan recíprocamente: cuando la razón comprende que la voluntad quiere el bien, y cuando comprende que alguna cosa es un bien, entonces el bien se hace objeto de la razón; por otro lado, la verdad es un bien de la razón y, por consiguiente, es también un fin de la voluntad que en un cierto sentido empuja a la razón hacia la verdad. La verdad sobre el bien puede tener un significado especulativo; la razón capta el bien de modo especulativo cuando lo define, revelando de este modo su esencia: es un conocimiento puramente teórico del bien. Pero la razón conoce el bien también de modo práctico, cuando constituye el objeto de la acción (Wojtyła, 2005, p. 257).<sup>167</sup>

En cuanto perfeccionan el entendimiento en su capacidad de conocer y descubrir la verdad, las virtudes intelectuales a las cuales apunta la ciencia práctica del Derecho se refieren tanto a virtudes de orden especulativo (la ciencia y la sabiduría), como a virtudes de orden práctico. Especulativo en el sentido de que la Ciencia Jurídica, como toda ciencia, discurre a partir de principios universales o particulares, procurando el perfeccionamiento del raciocinio. Y, en sentido práctico, porque como señala Corchuelo,

las virtudes intelectuales ordenadas ahora a lo práctico, que son el arte y la prudencia, se diferencian entre sí en que la primera será aquella disposición innata o adquirida ordenada más a perfeccionar las habilidades fácticas del ser humano, mientras que la segunda se trata de un saber orientado a cómo obrar responsablemente en una situación concreta.<sup>168</sup>

No obstante, el *ars iuris*, el arte del jurisprudente, no se dirige solo a la perfección del entendimiento respecto a las cosas justas, sino, además, al perfeccionamiento de la voluntad, entendida ésta como la facultad que inclina espontáneamente al hombre en la búsqueda del bien universal. Por ello, destaca Hervada, “la naturaleza racional se estima fundamento de los órdenes de la moral y del

167 Victoria-Aguilar, “La persona humana y la búsqueda del bien desde la mirada de Karol Wojtyła”, 110-111.

168 Corchuelo Alfaro, “Reflexiones en torno a la educación inspiradas en el pensamiento de Santo Tomás”, 25.

derecho. [Y] la dimensión de la naturaleza humana en virtud de la cual ésta es causa de debitoriedad jurídica y moral se llama dignidad”.<sup>169</sup>

En ese sentido, la dignidad que supone aquel ser que participa tan intensamente del *ser*, que tiene como una de sus características el dominio sobre su propio ser y sobre su entorno no personal, es finalista y está ordenada a unos fines naturales. Estos, para el orden de la voluntad, se perfeccionan con las llamadas virtudes morales, denominadas regularmente virtudes cardinales. Una de ellas, la justicia, regula las operaciones de la voluntad en orden a dar a cada uno lo que le es debido, sobre lo que se le debe dominio, porque es en esa capacidad de dominio, de apropiación, donde se funda el Derecho y, en consecuencia, la justicia respecto a las cosas suyas de la persona, o sea, que son debidas. Por lo tanto, señala Hervada,

la deuda se funda, en última instancia, en el estatuto ontológico de la persona humana; de ahí que la fuerza del derecho es igual e idéntica en todos los hombres. Siendo el fundamento del derecho la ontología de la persona humana, que comporta la capacidad de apropiación, es evidente el hecho que las cosas estén atribuidas, que estén repartidas, es un hecho que nace de la misma constitución ontológica de la persona humana de su ser personal. Otra cosa es que estén mal repartidas; tal desorden no lo origina la personalidad del hombre sino la injusticia.<sup>170</sup>

En este último sentido, la potencia por el orden y por la justicia es subyacente al estado de cosas existente en el Derecho, coincidiendo con una característica idéntica para el caso de la Moral, estudiada por Galán, pues

la moral interna del Derecho recoge las acepciones de la moral del deber. La moral básica de la vida social se representa por los deberes que afectan a la comunidad en general, en oposición a aquellos que conciernen a individuos en particular, por ejemplo, no matar, no estafar, etc. Los deberes legales y morales pueden ser el punto de partida para la creación de normas que indiquen la presunción de un comportamiento social que se quiere agregar o evitar. La moral interna del Derecho es la fuente que posibilita el conocimiento de la ley, con la mayor claridad y coherencia posibles; no obstante, medir de manera específica el grado de moral de aspiración puede representar una seria dificultad, por lo que: se debe partir de una presunción ontológica de respeto, hacia la dignidad humana representada a través de la garantía de derechos

169 Escrivá Ivars, *Relectura de la obra científica de Javier Hervada*, 718.

170 Hervada, *Introducción Crítica al Derecho Natural*, 51.



humanos de cada uno de los miembros, por parte de las constituciones y los tribunales imperantes dentro del sistema jurídico.<sup>171</sup>

No obstante, para el caso realista, la *dignidad* de la persona no es una presunción, sino que es, como advirtió previamente Hervada, la *dimensión de la naturaleza humana en virtud de la cual ésta es causa de debitoriedad jurídica y moral*. Por esta razón, el estatuto ontológico de la persona humana ha de encontrarse precisamente allí.

### Sobre la dignidad de la persona humana

Para el Realismo Jurídico Clásico no hay derecho posible que no sea expresión mediata o inmediata de la dignidad que deriva de la condición de persona. De ahí que todo acto, institución o forma de la juridicidad ha de poner de manifiesto esa peculiar “naturaleza” humana. Pero ¿en qué consiste precisamente dicho concepto? El diccionario de la Real Academia define dignidad como “aquello que constituye, por tanto, una especie de preeminencia, de bondad o de categoría superior, en virtud de la cual algo destaca, se señala o eleva por encima de otros seres, carentes de tan excelso valor”.<sup>172</sup>

Millán Puelles considera que la dignidad de la persona es una redundancia intencionada, cuyo fin es el de realzar esta particularísima realidad.<sup>173</sup> Por un lado, esa idea de grandeza y de superioridad es un valor que puede entenderse como relativo respecto a las demás criaturas: a mayor perfección en su ser, mayor dignidad. Pero, por otro lado, al ser la dignidad algo predicable de todo sujeto humano, se refiere a algo absoluto, es decir, no dependiente de la comparación con otras especies ni de la valoración subjetiva. Hay algo objetivo que hace eminente –con un alto grado de perfección– a la persona, o sea, al sujeto de naturaleza humana, lo que puede llamarse “dignidad referida al ser” o “dignidad ontológica”.<sup>174</sup> Por eso, aclara Hervada,

171 Astrid Rocío Galán Galindo, “Entre justicia y moralidad: criterios metateóricos en cuanto a la justicia, la moral y el derecho”, *Novum Jus*, Vol. 10, N° 2 (Julio – Diciembre 2016): 110.

172 Real Academia de la Lengua Española. *Diccionario de la Lengua Española*, 23° ed (Madrid: RAE, 2014)

173 Antonio Millán Puelles, *La formación de la Personalidad Humana*, 7° ed. (Madrid: Rialp, 1983).

174 Ilva Myriam Hoyos, *De la Dignidad y de los Derechos Humanos* (Bogotá: Temis, 2005), 96-97.

el hombre es digno absolutamente, pero por participación. Por lo tanto, la dignidad no configura al ser humano como un ser desvinculado, con derechos ilimitados y deberes autónomamente surgidos (ser su propia ley, conciencia autónoma sin reglas objetivas), sino como un ser que, al tener su dignidad por participación, está naturalmente reglado por normas inherentes a su ser, que son recibidas, como recibido es su ser y su dignidad. Al mismo tiempo, los derechos, siendo inherentes a su ser, son derechos limitados y condicionados por su mismo ser, por su naturaleza, que tiene una ordenación a la relación con los demás (dimensión social) y a unos fines naturales.<sup>175</sup>

La ordenación a la que se refiere Hervada supone el ejercicio de las inclinaciones a la perfectibilidad y al bien para la realización de los fines naturales humanos en clave moral, que siguen al conjunto de *inclinaciones naturales del hombre en cuanto persona*. Se pueden sintetizar, sin enumerarlas por orden de importancia (pues esto es objeto de ponderación, en cada caso, por el jurisprudente), de la siguiente manera:

a) inclinación a la conservación del ser, también llamada instinto de conservación. De ella deducimos que la integridad física y moral del hombre sean derecho [...] b) la inclinación al matrimonio [...] De ella se derivan los preceptos fundamentales que rigen la institución matrimonial y la familiar, los derechos relativos a ella [...] c) la inclinación a la relación con Dios o religiosidad, que da lugar al derecho de libertad religiosa [...] d) la tendencia al trabajo [...] de cuyo derecho se deducen los derechos fundamentales sobre el salario, las relaciones entre trabajo y capital, etc., e) la inclinación a la sociedad política y a las varias formas de asociación, cuyo conocimiento nos lleva a las cuestiones sobre las formas de gobierno, la legitimidad del poder, el derecho de asociación y otras muchas cosas. f) la tendencia a la comunicación, de cuya finalidad se desprende el deber de veracidad, el derecho de buena fama, etc. g) por último, la inclinación al conocimiento y a las diversas formas de cultura y arte, de donde se desprende el derecho de educarse, la libertad de enseñanza y otros derechos y deberes.<sup>176</sup>

No se discute aquí el alcance normativo de dichas inclinaciones, ni la forma en que ellas se expresan en proposiciones deónticas o de ley natural, baste retener por el momento que la dignidad de la *persona humana* es absoluta e inherente a su propia naturaleza, que no se define por lo que está en acto, sino por las potencias y sus fines en relación a dichas *inclinaciones naturales*. Lo que implica

175 Javier Hervada, *Lecciones Propedéuticas de Filosofía del Derecho* (Pamplona: EUNSA, 1993), 450.

176 Hervada, *Lecciones de Filosofía del Derecho* 104-105.

que la capacidad para asignar y ser sujeto de atribuciones jurídicas (positivas), a través de actos libres y voluntarios, no es absoluta, ya que esta capacidad no es creada por el hombre, sino que supone algo recibido o participado de la atribución natural.<sup>177</sup>

En ese orden de ideas, al ser persona, al hombre digno, le compromete sólo una participación del absoluto que es sólo atribuible al Ser Subsistente. Realmente el hombre participa del ser de Dios y, por tanto, sólo es persona de manera finita y limitada con respecto a Él, que se identifica con la plenitud personal. Por ello, como destaca José Chávez-Fernández,

esta finitud hace que el hombre dependa ontológicamente de Dios tanto en su ser como en su dominio personal. Dios no sólo lo crea sino que lo mantiene en la existencia. Así el hombre depende en su vida y en su conducta moral de una ley superior que es natural, en el sentido de que forma parte de su naturaleza humana, pero que tiene su origen en Dios creador. Esta ley es expresión de la intrínseca condición de criatura de la persona humana que está ordenada a su propio fin y realización personal. Por esta razón, la dignidad humana tiene que ver con los fines esenciales a los cuales tiende naturalmente toda persona. Éstos son principios operativos en torno a los que se conforman los derechos y los deberes inherentes a la dignidad humana. Sin embargo, el ser humano no tiene dignidad sólo en razón de la consecución de sus fines: la operación sigue al ser y el principio de operación es constitutivo intrínseco del ser, pero no es todo el ser, ni lo es en su más profunda radicalidad: como hemos visto, la persona es eminente por sí misma, no obstante la pauperización moral a la que pueda llegar [...] Intentando una síntesis podríamos decir que por los aspectos relativos a la dignidad, por un lado, el ser humano tiene más valor que las demás criaturas y, por otro, puede ser más o menos digno —moralmente hablando— dependiendo de la consecución de los fines propios de su naturaleza. Pero en definitiva, para la fundamentación del Derecho hervadiana tiene importancia directa el aspecto absoluto de la dignidad humana. Esta hace referencia a que su riqueza ontológica —dignidad ontológica— no es meramente comparativa con la de las demás criaturas, sino que posee un valor por sí mismo, incluso independiente de toda valoración subjetiva. Pero sobre todo esta dignidad que se expresa en un dominio ontológico es verdaderamente absoluta, en tanto que es una dignidad participada por el Absoluto.<sup>178</sup>

177 Hoyos, "Las Causas del Derecho", 41.

178 José Chávez-Fernández, "La condición de persona como fundamento del derecho en la iusfilosofía de Javier Hervada". *Dikaion* (2010). Disponible en <http://dikaion.unisabana.edu.co/index.php/dikaion/article/view/1776/2390>

El sustrato moral resulta evidente en cuanto la dignidad humana no expresa una entidad neutra, sino un valor objetivo de acuerdo con el cual al ser del Derecho le son inherentes unos deberes, lo que implica la negación de la separación conceptual “entre derecho y moral en relación con la labor del jurista”. La razón es clara, la persona humana no puede ser el fundamento ontológico acabado, final y último del Derecho, porque ella no se trasciende a sí misma. Al contrario, su dignidad le viene dada porque toda autonomía, debitud y normatividad absoluta sólo es atribuible a quien es Ser Subsistente: Dios. Por lo mismo, en su análisis de Wojtyla, Victoria-Aguilar destaca que

la persona humana, que es el ser más perfecto en el mundo visible, tiene también el valor más alto. El valor de la persona es, a su vez, la base de la norma que debe gobernar las acciones que tienen a la persona como objeto (Wojtyla. Amor y responsabilidad. Madrid: Palabra. 2009, p. 143). Por todo lo anteriormente expuesto, una de las primeras conclusiones es entender que el pensamiento wojtyliano enfatiza en que la persona está dotada de una naturaleza racional y libre, y a la que se le ha conferido el poder de asignarse ella misma los fines de su acción; ello tiene como consecuencia la imposibilidad de reducirla y utilizarla como instrumento para fines de otros. El hombre no puede ser un medio de acción, porque él es una expresión del orden moral natural y usarla sería contrario a su naturaleza. El personalismo tomista sostiene que el bien individual de la persona debe estar, por naturaleza, subordinado al bien común al que tiende la colectividad, la sociedad; pero esta subordinación no puede, en ningún caso, degradar y anular a la persona. El verdadero bien común no amenaza nunca al verdadero bien de la persona (Wojtyla, K. *Mi visión del hombre*, 5.ª ed. Madrid: Palabra. 2005, p. 318).<sup>179</sup>

Resumiendo, a juicio de Hervada: 1) el concepto jurídico de persona se deriva o es una dimensión del concepto ontológico de persona, por lo tanto, quienes son personas en sentido ontológico lo son en sentido jurídico; 2) todos los hombres son personas en sentido ontológico; 3) en consecuencia, todos los hombres son personas en sentido jurídico,

el *quid* de la cuestión reside en que, si toda realidad procede de Dios, es preciso comprender en qué sentido la realidad jurídica tiene un fundamento último divino y en qué medida el Derecho natural y el Derecho positivo pueden decirse que derivan de Dios.<sup>180</sup>

179 Victoria-Aguilar, “La persona humana y la búsqueda del bien desde la mirada de Karol Wojtyla”, 112.

180 Hervada, *Lecciones propedéuticas de filosofía del derecho*, 584.